Carta de Nueva York

TESTIGOS

ELIOT WEINBERGER

La poesía política es tan antigua y diversa como la poesía misma. Uno de los primeros exploradores de África hace referencia —si bien ésta es apenas creíble— a una tribu que entonaba sólo un canto de un solo verso: "El Rey tiene todo el poder".

Durante casi el siglo entero la imagen de la poesía política se redujo a lo escrito manifiestamente en pro de un fin o movimiento determinado (la revolución, la liberación colectiva, la paz). Luego, a medida que las ideologías de antaño se difundieron, la teoría académica comenzó a hacer hincapié en que todo tenía una lectura "política" amorfa: los silencios implícitos en un poema sobre el narciso. Al igual que buena parte de lo que denominamos "teoría", aquella era cabalmente cierta y a la vez una generalización patente que resultaba muy cómodo reiterar en instancias complejas.

Últimamente se ha inventado un nuevo subgénero que substituye al conjunto en este interregno ideológico: la poesía "testimonial". Radicalmente opuesta a la Nueva Crítica, la poesía testimonial depende por entero de los antecedentes biográficos y su empirismo tajante acaso no tiene precedentes en la historia literaria. Es una poesía en la que si no estuviste te lo perdiste.

El Corán del subgénero testimonial es la muy exitosa antología de Carolyn Forché *Against Forgetting* [*Contra el olvido*] (Norton). Circunscrita al siglo XX, los poetas del libro son testigos aceptables si han sido combatientes o civiles en una guerra, prisioneros, exiliados, o ciudadanos en un régimen totalitario (al margen de la vida que llevaran en dicho régimen). Más discutible resulta la inclusión adicional de periodistas o visitantes a una zona de guerra, así fuese durante un breve periodo, y los residentes no blancos en los Estados Unidos. (Los blancos, presuntamente, no atestiguan las injusticias en este país). Algunos más, incluidos aquellos cuya poesía se tiene en general por "política" de acuerdo con otras normas —Allen Ginsberg, por ejemplo—, pueden muy bien haber pasado el tiempo componiendo *pantunes* en el club.

Esta taxonomía, al igual que el sistema de castas hindú o la política editorial dondequiera, tiene distinciones sutiles que resultan incomprensibles para un intruso. Tadeusz Borowski es testigo del Holocausto pues estuvo recluido en Auschwitz y en Dachaa. Nelly Sachs es testigo del Holocausto pues escribió poemas sobre el asunto desde su exilio en Suecia. Irena Klepfitz es testigo del Holocausto pues nació en Varsovia en 1941 y la ocultaron en la campiña, emigró de niña a los Estados Unidos y escribió poemas sobre el Holocausto en la ciudad de Nueva York. Charles Reznikoff no es testigo del Holocausto pues nació en los Estados Unidos y escribió poemas sobre el Holocausto en la ciudad de Nueva York.

Semejantes literalidades y sutilezas historicistas son una sorprendente y categórica repulsa a la imaginación e inconcebibles para un poeta. (A nadie se le ocurriría exigir pruebas parecidas a otros escritores: instantáneas, digamos, de Laura o de Beatriz o del poeta zapatos en mano en la playa de Dover.) La "poesía testimonial" como concepto —no los poetas mismos, sino el casillero en el que se les ha metido— me parece una rama de la poesía terapéutica fomentada hoy en día en los programas televisados de Bill Moyers y en incontables talleres de escritura. Una poesía en la que la autobiografía es fundamental, los incidentes en los que se ha sido víctima son los momentos estelares de la vida y la escritura se tiene por remedio para curar las heridas psíquicas. (El último rasgo es la mejor prueba de que no tiene absolutamente nada que ver con la poesía. Ésta no cicatriza las heridas ni responde a las preguntas;

las produce.) La biografía "adversa" como principio rector en *Against Forgetting* no se distingue gran cosa de un libro publicado hace algunos años en España, un grueso volumen internacional e histórico de siniestra cubierta en negro sobre negro: *Antología de poetas suicidas*. Érase que se era una época en la cual bastaba que los poetas pensaran, soñaran y escribieran: la primera persona era generalmente un personaje. Ahora deben presentar un currículo para que se ratifique su sinceridad.

El valor inherente del "testimonio" como rasero de la poesía es palmario en dos publicaciones recientes. La primera es *Outcry from the Volcano* [*Protesta del volcán*], recopilada y traducida por Jiro Nakano (Bamboo Ridge Press), una antología de *tankas* de los sobrevivientes de Hiroshima, escritos casi todos por poetas aficionados en los años que siguieron a la devastación. Es un documento conmovedor y a la vez apenas interesa en sentido poético. (Y lo leemos asombrados: ¿a ninguno de estos poetas se le ocurrió que los cinco versos y la métrica precisa de los *tankas* se ajustaban poco a su experiencia?) La segunda son los poemas de Araki Yasusada, un empleado de correos que vivió hasta 1972 pero cuya familia fue aniquilada por la bomba. Sus extraños y hermosos cuadernos fueron descubiertos años después de su muerte; hace poco salieron a la luz traducidos en *Conjuctions*, *Grand Street* y otras revistas en los que han despertado mucho el interés de los lectores y editores de antologías.

El único pero es que Yasusada es el seudónimo de un poeta estadunidense incógnito que ha escrito entera la brillante obra, con todo y algunas peculiaridades de traducción. Es un caso revelador: si no se hubieran comenzado a diseminar los rumores de su identidad Yasusada se habría convertido en "nuestro" principal poeta testimonial del desastre nuclear —en la misma medida en que el gran testimonio de la peste es el relato en primera persona, aunque ficticio, de Daniel Defoe.

La poesía testimonial, un signo del tiempo que vivimos, reduce, todavía más, lo político a lo personal y confina el acto de escribir a un verdadero narcisismo. Debemos recordar que a los testigos oficiales no se les tiene por fiables de inmediato. Los poetas no son ni más ni menos fidedignos, al margen de la grandeza de la obra. En cuanto a Hiroshima, por cierto, he aquí a uno de los maestros, William Carlos Williams, en una carta a otro poeta, Byron Vazakas, fechada el 7 de agosto de 1945: "¡El día después de la explosión atómica! —los pobres judíos que la consumaron. Ahora los aborreceremos más que nunca".

Posdata

Unas semanas después de haber escrito estas palabras, *American Poetry Review*, la revista de poesía más leída en los Estados Unidos, publicó un número con un suplemento especial dedicado a Yasusada. *APR*, que se ha caracterizado por sus retratos de poetas a menudo más grandes que los poemas mismos, lo mostraba con un bosquejo a lápiz.

El autor de los poemas de Yasusada me había escrito unos meses antes, inesperadamente, luego de leer un artículo que publiqué en *Artes de México* sobre la falsificación en el arte. También me envió su correspondencia con el premio Nobel Kenzaburo Oe, quien le había insinuado con diplomacia que la invención de un poeta de Hiroshima era un asunto demasiado delicado y complejo como para pronunciarse sin haberlo pensado mucho.

Yasusada accedió a sostener conmigo una entrevista por fax. Sin embargo, dos personas respondieron a mis preguntas: Javier Álvarez, un compositor mexicano que vive en Londres, Y Kent Johnson, el editor de una antología de poesía budista de los Estados Unidos y quien ha estado enviando los poemas de Yasusada a las revistas.

Álvarez y Johnson afirman que Yasusada fue la creación de un tal Tosa Motokiyu, su compañero de cuarto en Milwaukee en los años 80, ya fallecido. Incluido en la lista de los traductores de Yasusada anteriormente, Motokiyu, como hubiera podido esperarse, también es un seudónimo. Johnson expuso su detallada historia en una conferencia internacional en Utrecht el verano pasado.

A la directora de una de las revistas que publicaron a Yasusada le parece que es su ex novio. Los editores de *APR* están indignados ("Esto ha sido un crimen"). Y yo empiezo a preguntarme si la persona que me localizó en un principio era en realidad el inventor de este Pessoa nuclear o el prestanombres de un impostor. En todo caso, Yasusada sigue siendo el gran poeta de Hiroshima y su testigo menos fiable. ≪

Traducción de Aurelio Major

Carta de Madrid

MAYORÍA Y UNANIMIDAD

BLAS MATAMORO

Un reciente artículo de Mario Vargas Llosa, "Librerías y libródromos" me da pie a una reflexión sobre la capacidad de autocrítica de esa forma de convivencia que llamamos democracia. A veces disiento, y no siempre con buen humor, de lo que dice Vargas Llosa. En otras ocasiones, comprendo la disidencia y se la agradezco. Con muchas de sus páginas me identifico. Siempre me gusta en él su capacidad para molestar a fuerza de claridad y rehuyendo cualquier postura simpática de antemano. Estas matizaciones también son un elogio: un escritor con el que no siempre estamos de acuerdo es un pensador, ya que tampoco estamos siempre de acuerdo con nosotros mismos. Esa puesta en escena de la discordia íntima nos enseña a pensar, a pensarnos.

Vargas Llosa defiende la democracia en lo político y la economía de mercado. Pero no las defiende como la solución final de la historia. Neoliberales fogosos hay por el mundo, que abrazan su parcialidad como si fuera la verdad de las relaciones humanas, abrigando un embozado providencialismo. Confiad en el mercado, nos dicen, él contiene todos los equilibrios secretos que se explayan en libertad. Finalmente, las cosas están gobernadas por una mano oculta, acaso la del Dios que las ha creado y las acaricia, las arroja o las aprieta hasta destrozarlas o reconvertirlas, como ocurre con las grandes empresas económicas.

En cambio, el escritor peruano, tras enaltecer los efectos benéficos de la libre concurrencia y la democracia, les señala algunos feos vicios culturales que implican una crítica y una autocrítica. Concretamente, se lamenta desde su lugar de escritor y, sobre todo, de lector.

Es evidente que las nuevas técnicas de impresión, los artilugios de la moderna papelería y la producción de escala han abaratado los libros y puesto al alcance de las mayorías un tipo de objeto que para muchos de nuestros abuelos era todavía un lujo. En otro sentido, las dimensiones de un operativo de fabricación y venta de libros nos conducen a la desaparición de la librería clásica, del librero adicto a la lectura, consejero y también interlocutor de sus clientes. Los libros se venden en las llamadas "grandes superficies" como cualquier otro bien fungible (una lata de tomates, unas zapatillas de pádel, unos preservativos: objetos divertidos y que propenden a la nutrición).

Por otra parte, la creciente dimensión de las editoriales, su concentración incesante, la carestía de los costos fijos, todo conduce a la búsqueda del *best-seller* que venda cientos de miles de ejemplares en pocas semanas, se filme, se televise y se convierta en cinta de video o CD-ROM, aunque a los escasos meses o años nadie se acuerde de él.

Nada de esto es perjudicial en sí mismo, pues siempre habrá más o menos lectores de otra clase, libreros como Dios manda, tiempo para revolver anaqueles y bateas, selección minuciosa de textos, tertulia: cultura, en el sentido de cultivo. Cosas para muchos y cosas para pocos, lo cual cuenta escasamente a la hora de juzgar, porque se juzga desde los valores y no desde las cantidades.

Lo malo del asunto no es que haya mayorías y minorías, sino que las mayorías se transformen en unanimidad y que sólo subsista, culturalmente, lo que escojan las mayorías. Y una mayoría no vale para nada cuando se trata de establecer la corrección de una teoría científica, lo razonable de un sistema filosófico o la excelencia de una obra de arte. Estos objetos culturales no los hacen las mayorías. Tampoco las minorías. Los hacen algunos individuos que habitan, desde luego, el mundo que se reparte entre unas y otras.

Una lata de tomates es intercambiable por otra. Un libro, no. Un libro, aunque fabricado en serie, es algo único, porque es un texto y un texto es una lectura, algo individual, concreto, insustituible. Cuando tratamos los libros como latas de tomates, algo desaparece de nuestra historia cultural, de una tradición que funda la cultura de Occidente (la necesidad de escribir para proyectarse como necesidad de leer y releer) y de nuestro propio organismo imaginario, si se me concede la figura, un tanto gruesa (aunque hay también organismos flacos). Algo nos faltará, de algo nos habrán/habremos amputado.

La democracia es, de momento, el sistema menos irrazonable para legitimar a los que han de gobernar. Fija las normas para la conformación de las mayorías, los límites del poder concedido y los procedimientos de control y renovación. Pero una cosa es la mayoría, siempre limitada en el tiempo, y otra cosa es la unanimidad.

La mayoría no excluye la existencia de las minorías. Cuando las excluye, se vuelve unanimidad y los fines perseguidos por la sociedad democrática —ante todo: asegurar la pluralidad de opiniones y su libre circulación— se desnaturalizan, produciéndose una opresión formalizada de modo democrático.

El lamento crítico de Vargas Llosa proviene de esta alarma: advertir que la mayoría excluyente acabe con la gestión democrática de la sociedad, que la pluralidad originaria y esencial a la vida democrática se torne monótona unanimidad plebiscitaria. La riqueza cultural de una sociedad variopinta y dialogante se pierde, de tal manera, en el desierto de lo predominante como único.

En especial, cuando se trata de obras de arte, lo más impertinente en relación con ellas es cuantificar su alcance, ya que el arte maneja, justamente, los imponderables, las calidades, aquello que está siempre en estado virtual y que se vuelve acto cada vez que un receptor de la obra se pone en contacto con ella. Un fresco de enormes proporciones no es mejor que una miniatura, ni una sinfonía mejor que un preludio, ni una novela mejor que un soneto, porque ocupen más espacio o tiempo. El voto mayoritario no puede conseguir que dos más dos sean cinco.

No hago formulaciones minoritarias, como si la cultura fuese patrimonio de una elite cuya mejor virtud sea, precisamente, la de estar formada por pocos. De algún modo, aunque llegue a escasas personas, una obra de cultura es válida porque tiene que ver, en positivo o en negativo, con una sociedad. Puede intentar su descripción minuciosa y didáctica, como Balzac, o arrojarle oscuros enigmas a la cara, como Mallarmé. Pero siempre será esa sociedad y no otra, en ese tiempo y ese lugar, y no en otros. Con todo, ese vínculo histórico no significa que el artista vaya a pedir su legitimación a las mayorías ni a las minorías, a las masas o a la nobleza. La obra se legitima a sí misma, tenga o no consenso mayoritario. A veces, ni siquiera minoritario. Los arquitectos del Renacimiento despreciaron el gótico, los preceptistas clásicos denostaron al barroco, los impresionistas fueron rehusados por el Salón. Y ahí están.

Creo que la queja de Vargas Llosa contra dos de sus querencias —el libre mercado y la democracia— apuntan a corregir sus deformaciones, producto de la costumbre. Cuando un sistema de participación vivaz en la gestión de los asuntos comunes, como ha de serlo el democrático, se convierte en hábito mecánico, los dirigentes devienen burócratas y la forma de vida, mera gestualidad. Un libro vendido como un objeto desechable, junto a las pilas eléctricas y los tubos de dentífricos, es el emblema patético de esta contradicción. Utilísimos como son, las pilas y los dentífricos resultan ilegibles al lado de un libro, letra abierta, palabra en el tiempo, signo que no deja de rotar: imaginación y libertad. ◄

Naufragios y rescates

Un poema inédito de Ricardo Molinari

Serge I. Zaïtzeff

Desde su llegada a Buenos Aires en 1927, Alfonso Reyes encuentra en el poeta argentino Ricardo Molinari (1898–1996) a un auténtico amigo. A lo largo de los años intercambiaron cartas, recados, libros y poemas. Cuando el "discípulo de López Velarde" —como lo definió Enrique González Rojo en Contemporáneos *— y amigo de Salvador Novo —le dedicó el segundo poema de* Seamen Rhymes *— moría, casi a los cien años de edad, encontramos este poema del autor de* El imaginero *entre los papeles de don Alfonso. No está fechado, pero la alusión a la presencia de Reyes en una "ciudad del sur" permite conjeturar que data de los años 1927–30, o quizá de 1936–37, cuando Reyes regresa de Río a Buenos Aires.*

Glosa

"El mejor asesino del contorno"
no se ha quedado con el hotelero,
vos anuncias "el ataque a los
volcanes
de la gente que está de espalda al
mar".

Lago de Pátzcuaro,
y la isla de Janitzio
sin emperador:
la plata de vuestros pejerreyes
no se la llevar el mar
porque siempre está picada la
laguna.

Uruapan, Tacámbaro,
la catedral de Morelia
tiene una torre más que la iglesia de
Celaya;
y por la gracia de Dios,

que lejos se encuentran del obispo
de Guadalajara.

"La sombra de los pájaros
danza sobre las plazas mal barridas."
Alfonso Reyes,
el día que vos te vayas
de esta ciudad del sur,
dibuja sobre los años
un ancla,
un ancla
en la que se una nuestro recuerdo
con el vuestro. ◄

FELGUÉREZ: "EL LÍMITE DE UNA SECUENCIA"

TERESA DEL CONDE

Quizás no sea demasiado aventurado afirmar que la continuidad en la obra de ciertos artistas descansa fundamentalmente en la relación que se establece entre ellos y sus materiales.

La continuidad y al mismo tiempo, contradictoriamente, la variedad y la riqueza.

Juan García Ponce, a propósito de Manuel Felguérez

Para modelar una forma, para pintar un cuadro, se necesita tener oficio, aseveró hace ya tiempo Manuel Felguérez en el libro que felizmente, aunque con bastante retraso, publicó la UNAM en 1983 con el título de *La máquina estética*. Apareció varios años después de que el autor, tras la obtención de la Beca Guggenheim y comisionado por la propia UNAM, prosiguió en la Universidad de Harvard sus búsquedas acerca del empleo de la computadora en el diseño artístico. Hasta donde sé él fue uno de los primeros en interesarse en hacerlo, para lo cual contó con la colaboración del ingeniero en sistemas Mayer Sasson. Durante aquella etapa, entre 1972 y 1975 aproximadamente, Felguérez se sentía muy cerca de la ciencia. Sin embargo se dio cuenta de que la producción de nuevos ideogramas que reflejaran todas las características de sus modalidades formales, podría haber redundado en una producción infinita de diseños. Y la vida no sólo es finita, sino corta, aunque se vivan tantos años como los que vivió Tamayo. Y, además de corta, es cambiante.

Por lo tanto e independientemente de que se trabaje con computadoras, tener oficio es esencial para la realización del trabajo artístico, pero el oficio por sí sólo no basta pues "el proceso de creación artística exige, a quien lo pretende, la invención de una técnica personal y única". Por técnica entiende Felguérez la metamorfosis que convierte los materiales vírgenes en una composición acabada.

El oficio es entonces algo que también es mutable, algo que se encuentra en continuo estado de transformación en la medida en que obedece a la consecución de una obra o una serie de obras en lo particular. La trayectoria de Manuel Felguérez (a la que no voy a referirme sino someramente) ejemplifica este concepto de manera muy clara, tan es así que todas sus épocas son identificables. Por ejemplo: veo ahora una pintura de 1986. Su "sistema" es muy distinto del actual, aunque hay constantes. Creo que desde antes de *El espacio múltiple* (MAM, 1973) he visto todas las exposiciones que Manuel Felguérez ha presentado en el ámbito nacional y algunas en el extranjero. Hasta me parece haber escrito —si no sobre todas— sí sobre la mayoría de ellas en periódicos o revistas que han acogido mis artículos. Y en materia de arte, bien o mal que se haga, escribir sobre algo que a una le interesa, ayuda a la memoria y a la percepción de los decursos artísticos. Por eso ahora comento la más reciente de sus exposiciones importantes, a cuya inauguración asistí en el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, donde permanecerá en exhibición por tres meses, para después presentarse en el Museo Rufino Tamayo de esta capital, sitio en donde adquirirá sin duda otra fisonomía museográfica, simple y sencillamente porque los espacios son distintos.

Sin que sea estrictamente cierto aseverar que la exposición fue hecha precisamente con el MARCO a vistas, tal pareciera que así se pergeñó, cosa que se debe al propio Felguérez, quien además de pintor y escultor es un excelente arquitecto "silvestre". El efecto sin duda se debe también al certero ojo y al buen gusto del curador y museógrafo Miguel Cervantes.

No se trata de una exposición saturada ni retrospectiva, como lo fue la que ocupó en 1987 todas las salas del Palacio de Bellas Artes. La de ahora es una muestra desahogada —amplia al mismo tiempo. Reúne 13 esculturas, algunas son talla directa en mármol o piedra de Chaltocan, otras son bronces, sólo hay una de latón y vidrio y otra de placa de hierro pintada al esmalte. Esta última *Arco del día*, de pequeñas dimensiones es

casi idéntica, en cuanto a diseño, a un bronce patinado unas diez veces más grande, que lleva el mismo título. Las cosas cambian totalmente. Ambas apelan al sentido de la vista en la misma medida que al del tacto, pero la escala, el color, la textura de la superficie y aún el desplazamiento de los volúmenes marcan la diferencia radical: la primera hace un guiño al espectador desde el sitio en el que está estratégicamente colocada, y lo hace porque en contraste con los sobrios colores naturales del mármol, sea negro o blanco, o con el pulido patinado de los bronces que captura por reflejo ciertos matices tenues sin desdecir la solemnidad del material, el pequeño *Arco del día* está pintado de rojo vivo, color que reencontramos a dosis variables en varias pinturas asumiendo un valor y una función muy distinta. Manuel Felguérez conoce los oficios y conoce el modo como el ojo responde al color y sabe aplicar estos conocimientos a sus metamorfosis, o si se quiere, a sus léxicos. En 1973 Octavio Paz a propósito de *El espacio múltiple* dijo lo siguiente: "el espejo que es el instrumento filosófico por excelencia: emisor de imágenes y crítico de las imágenes que emite, ocupa un lugar privilegiado en los objetos plásticos de Felguérez: es un re–productor de espacios".

Aquella memorable exposición obedecía a un concepto si se quiere opuesto del que anima a la actual. Era predominantemente geométrica, del plano pasaba al relieve y de allí a la tridimensión exenta, precisamente "espejeando" una serie de elementos. No eran muchos elementos, sino que la combinación entre ellos determinaba su variedad. Lo curioso es que esas mismas formas transmutadas, reaparecen con frecuencia tanto en las esculturas como en la mayoría de las pinturas recientes. La idea de la germinación, del trastocamiento de las formas, de lo ígneo y lo frío, de los organismos biológicos, de la penetración, estaban presentes entonces sometidos a la geometría de tipo euclideano y se presentan ahora bajo apariencia libérrima. Hay una raíz en todo esto. Las esculturas son eso: esculturas, típicas del clasicismo de este siglo si es que pensamos, por ejemplo, en Brancusi, en Henry Moore o incluso en algunos de los surrealistas no ortodoxos llevados al volumen. Digo clasicismo no porque piense en los cánones clásicos de la época de Pericles, por ejemplo, sino porque los prototipos tan distintos entre sí creados por las modernidades del siglo XX han venido a ser los clásicos del siglo. Picasso y Tamayo, cada quien a su escala, están en esa situación; y Francis Bacon también aunque, desde el ímpetu estilístico, sus pinturas se acerquen al barroco. Bajo un enfoque completamente distinto, así sucede con la mayoría de las pinturas recientes de Manuel Felguérez. Varias de ellas son abarrocadas, a veces en extremo, al tiempo que son piezas "clásicas" en cuanto a su modernidad. Nada hay ahora de la precisión, la calidad esmaltada, la aplicación pareja aunque graduada de los colores, que caracterizaban las pinturas de *El espacio múltiple*. Tampoco se relacionan con la belleza contenida (aquí sí emparentada con la idea común que tenemos de "lo clásico") que privaba en los cuadros que en conjunto configuran la etapa de *La superficie imaginaria* (hacia 1979–1981). Como tengo acceso muy frecuente a uno de estos últimos y también a las superficies laqueadas, me es posible calibrar las diferencias como también las constantes.

De pocos años a la fecha, Felguérez parece haber retomado su etapa de "expresionista abstracto" (sin que, propiamente hablando, tenga que ver con el expresionismo abstracto) propia de sus años mozos. Ahora la llevó a otra dimensión, que en cierto modo retrotrae la de su juventud en cuanto a que su pintura actual es intensamente pictorizada, valga la redundancia. A la vez es perfectamente discernible en cuanto a época de ejecución. Sucede entonces que lo de hoy guarda una engañosa semejanza con lo de antes, pero si cabe el adjetivo, es aún más "felguereziano". Cosa natural, Felguérez es cada día más "Felguérez". A la vez sus composiciones se antojan más libres, salidas de una entraña que tramita contenidos preconscientes, lejanos de aquel "consciente lógico" que, bien lo recuerdo, pregonaba en sus conferencias y escritos años ha. Al mismo tiempo son pinturas muy acabadas, se les ve el rigor.

Terminado este intento de describir en términos generales lo que yo percibía y reflexionaba en el MARCO al mirar pinturas y esculturas, leí el texto de Juan Villoro que acompaña el catálogo de la exposición. Entresaco lo siguiente porque coincide con lo que yo sentí: "El sentido del orden convive con una acendrada rebeldía, la disciplina de las formas con el vértigo de las texturas y las grafías delirantes... Las siluetas reconocibles, 'convencionales' son perturbadas por el pincel y la espátula hasta transformarse en estados interiores". Dentro de este sentir general, hay por supuesto variantes: el políptico *Viaje en el tiempo* tiene una estructura y una gama colorística opuesta al gran tríptico *El tercer sueño*, la *Forma errante* (1996) con los estratégicos chorreados en que termina no estalla hacia el centro del cuadro como sucede en *Sentimiento del tiempo* (también de 1996) pintura esta última muy fina, casi delicada, predilecta de varios espectadores, en tanto que *Rumor en la sombra* es un cuadro incluso agresivo, románticamente agresivo, si cabe la expresión.

Es curioso, mirando por ejemplo *Cuerpo sin penumbra* (1995) yo sin querer recordaba ciertos cuadros que hacia fines de los años sesenta integraron —si no propiamente una serie— sí un conjunto amplio que se llamaba "La Eva futura", recordando la famosa narración simbolista de Villiers de *L'Isle-Adam*, escrita hacia el finisiglo pasado. Estas pinturas ofrecían con frecuencia cuerpos femeninos fragmentados. En *Cuerpo sin penumbra* no hay partes del cuerpo que sean reconocibles, sin embargo produce un efecto de carnalidad, igual que en *El plano de la mente* (1994) uno cree ver la materia gris invadida de agentes extraños. Eso puede suceder por lo siguiente: los cuadros deben haber sido "bautizados" cuando sus rasgos básicos estaban completamente planteados, y hubo después un complemento que concientemente se anexó al título. O bien, el título llegó ya con el cuadro terminado. Como quiera que sea, los títulos pueden actuar como disparadores, cosa afortunada desde mi punto de vista. ◄

Estampas de Liliput

La política del resentimiento

Fernando Escalante Gonzalbo

Montesquieu suponía, y parece sensato, que a cada forma de gobierno debía corresponder un principio, una virtud característica, ajustada a las necesidades de su organización política. Sabía que podría existir una monarquía sin honor, una aristocracia sin moderación, una democracia sin virtud; creía, no obstante, que serían formas degradadas, contrahechas, de dudoso porvenir.

No es disparatado imaginar, en la misma tesitura, que los otros posibles gobiernos, más o menos corruptos y mezclados, tendrán también su principio moral. En particular, si consiguen una estabilidad y duración apreciables, como es el caso de nuestro arreglo político. Por su orden y funcionamiento no corresponde, en rigor, a ninguna de las tres formas clásicas, aunque muestre rasgos típicos de todas; puede albergar, sin duda, muchas y distintas virtudes: tolerancia, prudencia, reciprocidad, ninguna de las cuales parece indispensable ni basta para mantener esto en marcha.

Seguramente el carácter propio de nuestros arreglos políticos lo da sobre todo la complicada coexistencia de una aparatosa trama de instituciones modernas y unas prácticas no ajenas sino hostiles a la Modernidad: al mercado, a la rigidez del Derecho, al poder del Estado. Con eso se tropieza tarde o temprano hasta el estudio más superficial de lo que sucede en este país; sigue siendo, sin embargo, un asunto bastante confuso. La retórica revolucionaria sirve en ocasiones para disimular el desajuste; en otras muchas, en cambio, las "necesidades del Pueblo" no se ven por ninguna parte y la situación no cambia mayormente.

En general, la operación cotidiana de nuestro arreglo político necesita conservar las formas modernas y alterar, pervertir de manera sustantiva su funcionamiento: sustituir en cada caso la lógica impersonal de la competencia, el mérito o la igualdad, por otra más afín a las formas naturales de autoridad —la familia, la fuerza—. Algo que de manera muy aproximativa suele llamarse "corrupción" pero que sólo remotamente es un problema moral.

Por cierto que esos juegos malabares requieren una buena dosis de cinismo y ocasionales desvergüenzas por parte de políticos, funcionarios y demás notables: ni es difícil de conseguir ni es tampoco excepcional. Lo decisivo, verdaderamente indispensable es que la gente lo acepte sin ansiedad ni mala conciencia; más todavía: que participe en ello de buena gana. Y hay una virtud, llamémosla así, capaz de facilitar esa disposición necesarísima: el resentimiento. Sería posible —y lo digo con toda precaución— que ése fuese el principio moral propio de nuestra forma política.

El resentimiento es una alambicada metamorfosis de la envidia que resulta en el deseo de rebajar todo mérito, en negar que haya algo realmente valioso o apreciable. Es consecuencia lógica y muy inmediata de alguna carencia, defecto o incapacidad notoria, considerable: es de hecho un intento de aliviar el dolor y la humillación que ocasiona esa carencia haciéndola insignificante.

El resentido vive en la convicción de haber sido víctima de un despojo irreparable. No es por su culpa que carece de esto o lo otro, ni hay mérito alguno en quienes lo poseen: todo es producto de una injusticia fundamental, que trastorna el orden natural de las cosas. Quienes tienen riqueza, poder, prestigio —lo que sea— no valen más en ningún sentido; al contrario, porque no son sino impostores, usurpadores afortunados.

Se trata de una emoción com-

plicada, con muchas vueltas. Piénsese, si no, en la mezcolanza de cinismo, prepotencia y autodenigración que se expresa en quien dice —y se dice mucho— que la Revolución le hizo justicia.

El más desconcertante de los rasgos típicos del resentimiento consiste en que, una vez desatado, cuesta trabajo ponerle límites. La vieja herida, remota y hasta inconsciente a veces, se abre de nuevo ante cualquier triunfo ajeno, de quien sea, en lo que sea. De ahí las quejas hiperbólicas, desmesuradas: todos son hipócritas, miserables, la vida es injusta. Y no hay virtud salvo en las víctimas, cuyo mérito está en serlo.

El espectáculo que eso produce suele ser poco edificante y muy lamentable. De hecho, parece lo más lógico que termine prohijando, como creía Nietzsche, una forma degradada de humanidad, incapaz de proponerse ningún esfuerzo serio. No obstante, puede tener también una utilidad política muy digna de consideración.

De entrada, hay afinidades de mucho bulto entre el resentimiento y el nacionalismo; son emociones que se prestan a confusión. La exaltación ingenua o beligerante de la Nación permite con frecuencia escamotear fallas y carencias más sustantivas; es además un recurso torcido pero muy eficaz para ignorar hasta el más somero intento de valoración. Porque lo primero que el nacionalismo prohibe es establecer comparaciones: lo propio ha de apreciarse por ser propio, es decir, por lo que tiene de incomparable. En rigor: por lo que no vale.

Visto con sangre fría, todo nacionalismo es profundamente ridículo y disparatado, infantil; suele requerir el auxilio de una penosa serie de flaquezas: mezquindad, egoísmo, miopía, rencor, y es probable que en el fondo sirva sobre todo para dar satisfacción a necesidades narcisistas poco decorosas, si no de plano impresentables. Cuanto más ridículo, sin embargo, cuanto más infantil y carente de base, puede tener también derivas más oscuras; en particular, cuando la Nación, desprovista de tantas cosas, aparece como víctima.

Cuando empieza a hablarse así, el trastorno es grave. Lo que queda es la ética invertida del resentimiento, para la cual sólo son valiosos y dignos de estima los fracasos, sólo hay grandeza en el sufrimiento; ya no se trata de lo incomparable, sino de la superioridad moral de la Nación, consecuencia natural del heroísmo con que ha soportado injustos padecimientos. Una historia, sí, de buenos y malos. Una historia vengativa, resentida, que encuentra en los agravios pasados justificación para cualquier atrocidad en el presente.

Si consigue calar en el ánimo de la gente, y no cuesta mucho, el nacionalismo victimista tiene efectos desoladores. En casos extremos basta para desatar una guerra, para dedicarse al asesinato con la conciencia limpia; lo habitual es que se use para alentar canalladas menores. Basta ver, digamos por ejemplo, la institucionalización del desprecio hacia los extranjeros en este país y las deliciosas satisfacciones que eso produce.

Esa deriva venenosa, violenta del resentimiento no es exclusiva del nacionalismo. Obedece a un mecanismo muy simple que describió Freud al hablar de la personalidad de quienes se piensan como "excepciones" y se pasan la vida buscando el modo de resarcirse de pasados sufrimientos, más o menos hipotéticos. Quienes piensan que, por haber sido víctimas de una injusticia, están autorizados para ser injustos. Es algo tan obvio y tan sencillo que casi cualquier agitador político, de Catalina en adelante, ha sabido echar mano de ello.

Muchas cosas pueden hacerse si se cultiva el resentimiento con aplicación y paciencia bastantes. Sin ir más lejos, siempre cabe inventar algún chivo expiatorio y pastorear el ánimo de venganza, inagotable, de la gente. Quienes están acostumbrados a pensarse víctimas encuentran muy lógica la existencia del verdugo. Contra él vale todo, y con razón.

En ocasiones, a algunas sociedades les da por cebarse con los migrantes, con gitanos, pordioseros y otra gente menuda de las "clases peligrosas": es una especie de espasmo natural en procesos de decadencia. El resentimiento permite a los políticos arriesgar más, escoger mejor y lograr acrobacias sensacionales. Porque la gente prefiere, en ese caso, vengarse de los poderosos, que disfrutan con lo que a los demás les falta. Cuanto mayor la riqueza, el prestigio, el poder del enemigo, tanto mejor: será más creíble como usurpador y ofrecerá un espectáculo más deleitoso en su caída. Y eso tampoco es una novedad.

Pero el resentimiento es también aprovechable para muchos otros fines. Ayuda a disimular errores, a atizar la desconfianza, a descargar responsabilidades. Los políticos que conocen su oficio siempre saben sacar ventaja de propensiones semejantes.

Se dirá que ninguna sociedad está exenta de esa clase de emociones, y seguramente es verdad. Pero hay diferencias. Lo decisivo en nuestro caso es que el resentimiento contribuye a desacreditar casi cualquier forma de valoración y, en especial, las normas impersonales, genéricas. Es decir, sobre todo las normas y reglas típicas de la Modernidad.

Valorar es discriminar, escoger, separar lo mejor y lo peor. Eso es lo intolerable. El resentido detesta a quien posee algo porque está convencido —de manera más o menos tortuosa— de que eso, lo

que sea, le ha sido arrebatado a él, injustamente; de modo que toda valoración, hecha sobre esa base, parece inicua y tramposa. Celebrar el éxito, incluso proponer un término de comparación es redoblar la injusticia. Peor todavía si se acude a algún rasero efectivamente universal.

No es por casualidad que los enemigos de la discriminación enderezan los tiros, en los tiempos recientes, contra las normas abstractas, impersonales. Pero esa es harina de otro costal.

Lo que hace que el resentimiento se ajuste a las necesidades de nuestro arreglo político con tan feliz exactitud es su tolerancia para con el fraude. Una vez asentado, convertido en sentido común, propicia una sólida indiferencia hacia la ilegalidad y los arreglos fraudulentos de cualquier especie. No cuesta trabajo convencer a alguien de que acepte una transacción si está persuadido de antemano de que el resultado será injusto en cualquier caso.

Si ningún mérito es real y valedero, si ningún criterio para distribuir recursos o premios es justo, entonces no tiene importancia subvertir las reglas, simular, hacer trampa. Entonces lo único sensato y ecuánime es esforzarse en el regateo más o menos desvergonzado de la "grilla". Y cabe hacerlo sin remordimientos. Porque todos lo hacen, porque no hay remedio, porque en la grilla cuentan, al menos, los únicos recursos indudables: la familia y la fuerza.

Con eso se consigue sobrellevar el desconcierto de las instituciones y las costumbres. También dar solidez y buen fundamento al poder de la clase política, vencer a su favor la estólida vis juzgadora del Estado. Donde no hay mérito que valga ni regla que merezca aprecio, toda forma de competencia se convierte, tarde o temprano, en un negocio político. No se escapan de esa lógica ni la justicia ni el mercado ni el servicio público, ni siquiera el premio más mediocre e intrascendente. Los políticos son en eso atentos y escrupulosos, no descuidan ninguna ocasión.

Con todo lo útil que es, el mecanismo tiene también inconvenientes. El primero, que no habiendo acuerdo sobre lo que es justo, nada puede ser definitivo: el propio arreglo político tiene un aire de cosa precaria, provisional. El segundo y por mucho el más grave, que en nuestras elites, a pesar de todos los premios y propinas con que se les regala, también abunda el resentimiento. Y de ello resultan consecuencias siniestras, incalculables. Tal vez sea ése, de hecho, uno de los fracasos más tristes y desalentadores de nuestro arreglo, y uno que conviene rumiar: el fracaso en la formación de la elites. ≪

Casillero de Leviatán

Las desventuras del PAN

Jaime Sánchez Susarrey

¿Quién lo duda? Francamente, creo que nadie. El Partido Acción Nacional va en ascenso y podría convertirse en mayoría (relativa o absoluta) en el congreso federal en las elecciones del 6 de julio. Los resultados recientes apuntan en esa dirección y las encuestas confirman, al menos por el momento, esas tendencias. En 1993, el PAN gobernaba los estados de Baja California y Chihuahua y 99 presidencias municipales, cinco de ellas ciudades capitales, cuatro años después, los estados bajo el control de Acción Nacional aumentaron a cuatro (Baja California, Chihuahua, Jalisco y Guanajuato) y el número de presidentes municipales a 225, entre las que se cuentan las ciudades más grandes del país: Guadalajara, Monterrey, Puebla, Tijuana, León y Ciudad Juárez. En números redondos, 34 y medio millones de mexicanos viven bajo gobiernos panistas, es decir, más del 38% de la población.

Además, las encuestas recientes le otorgan al PAN una clara ventaja sobre sus contendientes; según un sondeo del Centro de Estudios de Opinión (CEO) de la Universidad de Guadalajara, efectuado entre el 12 y el 15 de diciembre de 1996, el 42.5% declaró que votaría por el PAN en las elecciones para diputados federales, 30.7% por el PRI y 13% por el PRD (*La Jornada*, 3/01/97). En Nuevo León, que tendrá elecciones para gobernador en julio, las tendencias le son igualmente favorables: 40% se pronuncia por el PAN, 33% por el PRI y 3% por el PT, si bien hay que subrayar que en este caso el número de indecisos es muy alto, 21% (*Reforma*, 6/02/97). En el Distrito Federal, los panistas también llevan la delantera: en enero de este año, 25% se inclinaba por el PAN, 19% por el PRI y otro 19% por el PRD), aunque vale precisar dos cosas: una, que el número de indecisiones es, como en el caso de Nuevo León, muy alto (22%) y dos, que la ventaja que

llevaba Acción Nacional hace unos meses se ha reducido considerablemente: en noviembre las intenciones de voto a su favor era de 33% y en diciembre del 31% (*Reforma*, 3/02/97).

No se puede afirmar que las tendencias de las encuestas se cumplirán fatalmente. Las campañas apenas comienzan y los candidatos, que contarán mucho en el ánimo del electorado, particularmente en el Distrito Federal, aún no se definen. Además, el número de indecisos es muy importante y su orientación en uno u otro sentido determinará el triunfo o la derrota de cada uno de los partidos. Pero, a pesar de todas estas aclaraciones y matices, hay que subrayar que esta es la primera vez que en una contienda electoral, las encuestas favorecen tan claramente a un partido de oposición. Ni siquiera en junio de 1994, después del rotundo triunfo de Fernández de Cevallos en el debate del 12 de mayo, las preferencias dejaron de ser favorables al candidato del PRI que alcanzaba el 41% de las intenciones de voto, contra el 9% de Cárdenas y el 29% de Diego (*Reforma*, 15/06/94).

La irritación que hoy se percibe contra el PRI en el Distrito Federal es similar a la que se percibía en Jalisco después de la devaluación del 19 de diciembre de 1994. En Nuevo León sucede algo similar, pero en menor escala. En ambos casos, y obviamente en el plano nacional, la causa central del descontento está (amén de los graves problemas de contaminación y seguridad que afectan a la capital de la República) en la crisis económica. La encuesta del CEO lo refleja con claridad: el 60% de los entrevistados declaró que no está de acuerdo con la política económica del actual gobierno (*La Jornada*, 3/ene/97); cifra que contrasta con el 50% de los votos que Ernesto Zedillo obtuvo en agosto de 1994 y con la popularidad Salinas de Gortari al final de su gobierno.

No hay duda de que el ascenso de la oposición está estrechamente vinculado al voto de castigo. Los resultados del 6 de julio no dependerán de los votantes duros, fieles a una ideología, sino de un electorado flotante, que se comporta pragmáticamente frente a las opciones partidarias. Y por el momento, la corriente predominante es la que quiere castigar al gobierno y los priístas por la crisis económica. Los mismos electores que le dieron la victoria a Zedillo en 1994, se la podrían dar mañana al PAN y en menor medida al PRD). Este factor juega y jugará de manera determinante a favor de la oposición. El ciudadano medio no evaluará en frío las propuestas y las alternativas de gobierno de cada uno de los partidos, lo hará con la irritación y el coraje que ha despertado en él la situación actual.

El voto de castigo no busca premiar al mejor, sino castigar al peor. Hay quienes consideran que este es un síntoma de inmadurez y de falta de una verdadera cultura cívica. Pero, el fenómeno tiene una dimensión planetaria; ocurre lo mismo en países industrializados que en sistemas de reciente inauguración democrática. La explicación reside, al menos en una de sus partes esenciales, en que las diferencias ideológicas en torno de la economía de mercado y de las bondades de la democracia formal se han debilitado enormemente; pese a la retórica antineoliberal de los partidos de "izquierda" o incluso de "derecha", la verdad es que la diferencia de programas y opciones es cada vez menor. Simultáneamente, los electores en todo el mundo son cada vez más sensibles a los logros (o fracasos) de los gobiernos en el control de la inflación, el crecimiento o la generación de empleos. Así lo muestran las elecciones recientes en todo el mundo; en Estados Unidos, Clinton se reeligió gracias a la economía y en España, el PSOE perdió —aunque la derrota haya sido mucho menor de lo esperado— a causa del desempleo y el estancamiento económico.

En México está sucediendo lo mismo. La alternancia jamás ha estado tan cerca. Sin embargo, y esta es una de las grandes paradojas del momento que vivimos, la oposición nunca había mostrado tantas limitaciones y lacras como opción de gobierno. Esto es particularmente claro en el caso de Acción Nacional. La raigambre conservadora del PAN no es ninguna novedad. Está en los orígenes mismos de su fundación. Y no me refiero a que nació clara y decididamente como un partido anticardenista, opuesto al ejido colectivo, a la cláusula sindical de exclusión y a la educación socialista, porque ésa es la mejor y más lúcida parte de sus fundamentos (el "Informe a la nación" de Manuel Gómez Morín de 1940, en el que evalúa las políticas cardenistas, es brillante y completamente actual); me refiero a que las corrientes que convergieron en Acción Nacional fueron dos: la tradición que representaba González Luna y la que encarnaba Gómez Morín. El primero representó siempre la visión católica; el segundo, la liberal —eso es al menos lo que afirman algunos panistas.

Sin embargo, el liberalismo de Gómez Morín siempre fue conservador en cuestiones de moral y demografía y en su momento coqueteó incluso con una noción de planeación corporativa que se oponía al *laissez faire* (cfr. *El crédito agrícola en México*). No debe sorprender que en los años sesenta, el fundador de Acción Nacional subestimara el problema del crecimiento demográfico y condenara las políticas de control natal. En una entrevista de 1964, don Manuel señalaba ufano: "Alguna vez

di una serie de conferencias en Monterrey... Hablaba yo de que el problema del crecimiento demográfico de México no era un problema que se pudiera resolver con el *birth control*; que ni siquiera sabíamos todavía si realmente el aumento actual de población era un problema o no". Treinta años después, una vez que la explosión demográfica nos estalló en las manos, ya que durante ese lapso la población se multiplicó por más del 200% y la pobreza aumentó en forma descomunal, el PAN sigue sin reconocer el problema y sobre todo sin tener una política de control de la natalidad. No debe sorprender que durante su campaña por la presidencia Fernández de Cevallos adoptara una posición indefinida; a pregunta expresa sobre sus políticas demográficas se limitó a señalar: "Priorizaría la educación y la formación como instrumentos insustituibles para una adecuada política demográfica. Orientaría tales instrumentos hacia la paternidad responsable y sobre la base de un estricto respeto a la vida de las personas y a la libertad de los ciudadanos". El respeto a la libertad de los ciudadanos está muy bien, pero ¿por qué no se refirió al uso de la píldora y no fijó una taza razonable de crecimiento demográfico? La respuesta es sencilla: porque el PAN no ha diseñado, ni pretende hacerlo, una política de control de natalidad. Sus posiciones en este punto se confunden con las de la jerarquía de la iglesia católica y confirman que en Acción Nacional no ha existido ni existe una verdadera corriente liberal. De ahí que los ataques de moralina no sean accidentales ni pasajeros. El *ethos* del panista medio, sobre todo del militante convencido, es ése. La crítica de las minifaldas, el cierre de los *tables dances* y la censura a la chica *wonderbra* son los síntomas de una posición conservadora en lo que a la moral sexual se refiere; un conservadurismo que les impide reconocer la complejidad del problema demográfico y proponer políticas públicas efectivas. Y sobra señalar que con la epidemia del SIDA y el uso del condón les sucede lo mismo. Todo esto se ancla, en último término, en una noción ingenua del "bien común" y de un código moral y de buenas costumbres que, según ellos, es evidente para cualquier ser "normal", es decir, que no sufra desviaciones sexuales o de cualquier otra índole.

Si el conservadurismo y los ataques de moralina de Acción Nacional eran previsibles, no se puede decir lo mismo de la ineficacia, el doble lenguaje e incluso el cinismo del que han hecho gala algunos de sus principales dirigentes. Las experiencias de los gobiernos panistas en varios estados de la República no son deslumbrantes: en Jalisco, el gobernador integró un gabinete con personas ajenas a Acción Nacional y los programas y obras de gobierno brillan... pero por su ausencia; en Guanajuato, el gobernador Fox está más preocupado por montar un escenario para proyectarse nacionalmente y por patrocinar aventuras extrañas, como la de Alianza para la República, que por los problemas de su estado; en Chihuahua, los electores le devolvieron la mayoría al PRI en el congreso en las pasadas elecciones.

Todo lo anterior se queda chico ante el *show* que está dando la dirección nacional del PAN en el caso de Lozano Gracia. Haber aceptado la Procuraduría General de la República fue sin duda un grave error. La procuración de justicia es el área más sucia y complicada del Estado mexicano. Lo es por la corrupción que priva en los cuerpos policíacos y por las dimensiones e influencia que tiene el narcotráfico. Por si fuera poco, los asesinatos políticos y los reiterados fracasos de los fiscales especiales en el caso Colosio complicaron aún más las cosas. Al asumir el cargo, los panistas tenían mucho que perder y muy pocas o nulas probabilidades de ganar algo. Sólo en la cabeza de algún ingenuo, y hubo varios, cabía la posibilidad de que el asunto fuera manejable y que además Acción Nacional, como partido, pudiera mantenerse al margen del mismo; explicar la presencia de Lozano en la PGR como una decisión personal, ajena a su partido, fue infantil y absurdo. Si los panistas habían decidido participar en el gobierno de Zedillo y abrir de ese modo la experiencia de un cogobierno, debieron asumirlo claramente y con todos los costos y beneficios que conllevaba. En lugar de eso, optaron por un lenguaje ambiguo y se embarcaron en un doble juego: miembros del gabinete en los hechos y oposición recalcitrante en las declaraciones. ¿Por qué se autoembaucaron en semejante política? No es fácil saberlo. Sobre todo, si se recuerda que bajo el gobierno de Salinas asumieron con responsabilidad su papel como interlocutores del gobierno. La única hipótesis razonable para explicar su comportamiento reciente es que hicieron un cálculo oportunista: quisieron conservar los privilegios del cogobierno, pero al mismo tiempo decidieron que su ascenso como partido de oposición les imponía un lenguaje y una actitud más beligerantes.

Pero en la vida, como en la política, no hay fecha que no llegue ni plazo que no se cumpla. El PAN está pagando hoy por los errores que cometió. Además, Lozano Gracia resultó ser un hombre ineficiente e irresponsable. En el mejor de los casos, pecó de ingenuo; en el peor, deberá responder por una serie de actos irregulares e ilegales. Para coronar el sainete, la dirección nacional de Acción Nacional ha manejado el asunto con una torpeza digna de figurar en los records de Guinnes. Juan Antonio García Villa, secretario del PAN,

decidió chantajear públicamente a la presidencia de la República con la siguiente advertencia: "¡Imagínese lo que podría ocurrir si Lozano Gracia se sienta ante los micrófonos y empieza a decir todo lo que sabe!" (*La Jornada*, 5/02/97). Y para no quedarse atrás, el presidente del PAN clama que el error habría estado en confiar en el presidente Zedillo.

Nadie pensó jamás (bueno, tal vez algunos) que la alternancia nos llevaría al paraíso ni que el PAN fuera la panacea. Pero hay que reconocer que ante los yerros de la izquierda y la corrupción y prepotencia del PRI, los panistas aparecían como una opción razonable y responsable. No lo son más. La ilusión terminó. Pero de lo malo también se aprende y las desventuras del PAN contienen una valiosa enseñanza: la transición democrática no se puede depositar en un solo partido, sino en un equilibrio entre los poderes y las fuerzas políticas. Por eso no está mal que los panistas ganen y nos traigan con su eventual triunfo los beneficios de la alternancia, sin embargo no hay que tenerles mucha confianza ni entregarles todo y de una sola vez. ◄